

por un instante, en sus cabellos, provenía de los labios de Lantier, ó de la calurosa noche.

Y como quiera que la señora Lerat se negase á volverse á Batignolles á hora tan avanzada, sacaron un colchón de la cama y lo tendieron en el suelo para ella, en un rincón de la tienda, después de apartar á un lado la mesa. Allí durmió, entre las migajas del banquete. Y toda la noche, en el aplomado sueño de los Coupeau, el gato de una vecina, que hallara abierta una ventana, entretívose en roer los huesos del pato, acabando el entierro del animal, al rumorcillo de sus agudos dientes.

## VIII

El sábado siguiente, Coupeau, que no había ido á comer á casa, se presentó en compañía de Lantier, á eso de las diez de la noche. Habían comido juntos en el restaurant de Thomas, en Montmartre.

—No hay que reñir, patrona—dijo el plomero.—Somos buenos chicos, como ves... ¡oh!... con él no hay peligro de que uno se desencamine...

Y refirió cómo se habían encontrado en la calle Rochechouart.

Después de comer, habíase negado Lantier á entrár en el café de la «Boule Noire», diciéndole que cuando uno estaba casado con una mujer linda y buena, no

debía andar calavereando por los malos lugares. Gervasia le escuchaba sonriendo. De seguro que no pensaba en reñir, pues estaba como cohibida. Desde la noche del festín, esperaba volver á ver á su antiguo amante el día menos pensado; pero, á semejante hora y en el momento de irse á acostar, le sorprendía la repentina llegada de los dos hombres; y con temblorosa mano, recogíase el moño, que tenía suelto sobre sus espaldas.

—¡Vamos!—repuso Coupeau;—ya que éste ha tenido la delicadeza de rehusar en otro sitio mi invitación, vas tú ahora á regalarnos unas copas... ¡Ah! ¡lo que es esto nos lo debes, en conciencia!

Hacia largo rato que se habían marchado las oficiales. Mamá Coupeau y Naná acababan de acostarse. Entonces Gervasia, que se disponía á cerrar la puerta de la calle cuando llegaron, dejó abierta la tienda, y puso en un ángulo del mostrador copas y los restos de una botella de cognac. Lantier permanecía en pie, evitando el dirigirle la palabra directamente. No obstante, cuando la planchadora le servía, exclamó:

—Unas gotitas nada más, señora, os lo ruego...

Coupeau los miró, y se explicó categóricamente. ¿Iban, por ventura, á hacerse los melindrosos? Lo pasado, pasado estaba, ¿verdad? Si uno conservase rencores al cabo de nueve ó diez años, acabaría al fin por no tener tratos con nadie. ¡No! ¡no, él tenía su corazón en la mano! Ante todo, sabía que trataba con una mujer honrada y con un hombre de honor. ¡Con dos amigos! Por consiguiente, estaba tranquilo, conocía su honradez.

—¡Oh! ¡seguramente!...—repetía Gervasia, con los párpados bajos y sin comprender lo que decía.

—Para mí, ahora ya no es más que una hermana; nada más que una hermana!—murmuró á su vez Lantier.

—¡Pues daos la mano, caramba!—gritó Coupeau,—y mandemos á paseo todo el mundo! Cuando uno tiene corazón, es más dichoso que los millonarios! Yo coloco la amistad ante todo, porque la amistad es la amistad, y nada hay por encima de ella.

*L'Assommoir*—Tomo I—17

Y al hablar de esta suerte, ibáse aplicando puñetas en el pecho, con el semblante tan conmovido, que hubieron de tranquilizarle. Los tres, en silencio, trincaron y se echaron al colete su copita. Entonces pudo Gervasia mirar á su gusto á Lantier, por cuanto, la noche del festín, le había visto como á través de una niebla. Había engordado bastante y las piernas y brazos parecía que le pesaban, á causa de su poca estatura. Pero su rostro conservaba hermosos rasgos, bajo la hinchazón de su vida de holganza, y como seguía cuidando con esmero su fino bigote, representaba precisamente su edad, treinta y cinco años. Aquel día llevaba pantalón gris y gabán azul, como un caballero, con su sombrero hongo, y lucía un reloj con cadena de plata, de la que colgaba una sortija, un recuerdo.

—Me voy—dijo.—Vivo allá en el quinto infierno.

Ya estaba en la acera, cuando el plomero le llamó, exigiéndole la promesa de que siempre que pasara por delante de la tienda, entraría á saludarles. Entre tanto Gervasia, que acababa de desaparecer sigilosamente, volvió, empujando delante de sí á Esteban, en mangas de camisa, y el semblante adormilado. El muchacho sonreía, y se restregaba los ojos. Mas cuando divisó á Lantier, quedóse trémulo y perplejo, dirigiendo inquietas miradas á su madre y á Coupeau.

—¿Que no conoces á ese caballero?—preguntóle éste.

Bajó el chico la cabeza, sin contestar. Después, hizo un ligero movimiento, para indicar que conocía á aquel señor.

—¡Pues bien! ¡no te hagas el tonto! vé á darle un beso.

Lantier esperaba, grave y tranquilo. Cuando Esteban se decidió á acercarse á él, inclinóse, ofreció sus dos mejillas y depositó un sonoro beso en la frente del muchacho. Entonces éste se atrevió á mirar á su padre: pero, de improviso, se echó á llorar, escapando como un loco, despechugado, y reñido por Coupeau que le trataba de animal.

—Es la emoción—dijo Gervasia, pálida y conmovida también.

—¡Oh! ¡generalmente es muy amable, muy cariño-

só!—explicaba Coupeau.—Le he dado una educación superior, como veréis... Ya se acostumbrará á vos... Es preciso que conozca á las personas... Por último, aunque sólo hubiese mediado ese chico, no podíamos pasar toda la vida reñidos, ¿verdad? Hace ya mucho tiempo que debíamos haber hecho esto por él, pues primero me dejaba yo cortar la cabeza, que impedir á un padre que viese á su hijo.

Y acto seguido, propuso dar fin á la botella de cognac. Los tres trincaron de nuevo. Lantier de nada se asombraba; era lo que se llama un «tranquilo». Antes de marcharse, y para devolver sus atenciones al plomero, empeñóse en ayudarle á cerrar la tienda. Después, sacudiéndose las palmas de las manos, por limpieza, dió las buenas noches al matrimonio.

—Dormir bien. Voy á ver si pillo el ómnibus... Os prometo volver pronto.

Desde aquella noche, apareció Lantier á menudo en la calle de la Goutte d'Or. Presentábase cuando el plomero estaba allí, informándose de cómo seguían, desde la puerta, fingiendo que entraba únicamente por él. Después, sentado junto al aparador, siempre engañado, afeitado y peinado, hablaba cortésmente, con los modales del hombre que ha recibido esmerada instrucción. De esta suerte los Coupeau fueron adquiriendo detalles sobre su vida. Durante los ocho últimos años, había estado de director, por algún tiempo, en una fábrica de sombreros, y cuando le preguntaban por qué salió de ella, achacaba la culpa á la tacañería de un socio, paisano suyo, un canalla que «se había comido la casa con mujerzuelas». Pero su antiguo título de patrón traslucíase en su persona toda, como un título de nobleza que no podía derogar. Decía continuamente que estaba á punto de realizar un negocio soberbio, pues varias fábricas de sombreros le habían ofrecido establecerle y confiarle intereses enormes.

Entre tanto, pasaba el tiempo sin hacer nada, paseándose al sol, con las manos en los bolsillos, como cualquier rentista. Si alguna vez se lamentaba y alguien se aventuraba á indicarle una fábrica de sombreros en que se necesitasen obreros, dibujábase en sus labios una compasiva sonrisa, y decía que no ha-

hía nacido para morir de hambre, descrismándose para los demás. Sin embargo, el tunantazo, como decía Coupeau, no vivía del aire del cielo. ¡Oh! era un pez muy largo, sabía buscárselas, debía tener alguna industria, pues al fin y al cabo sus apariencias eran de prosperidad, y por fuerza necesitaba dinero para pagar su ropa limpia y sus corbatas de señorito. Una mañana, el plomero le había visto haciéndose lustrar las botas en el bulevar Montmartre. La verdadera razón era que Lantier, muy charlatán tocante á los demás, se callaba ó mentía cuando se trataba de él. Ni siquiera quería decir dónde vivía. No; habitaba en casa de un amigo, lejos, muy lejos, en los quintos infernos, esperando encontrar una buena colocación; y prohibía á sus conocidos que le fuesen á ver, pues nunca estaba en casa.

—Se encuentran diez colocaciones, por cada una que se pierde—explicaba á menudo.—Mas no vale la pena de encajonarse en sitios donde no se han de pasar ni veinticuatro horas... Un lunes, por ejemplo, llegó á casa de Champión en Montrouge. Por la tarde, Champión me encocora hablando de política; sus ideas, en este punto, difieren mucho de las mías. ¡Pues bien! el martes por la mañana me largué de allí, considerando que ya no vivimos en tiempo de esclavos y yo no me vendo por siete francos al día.

Comenzaba el mes de Noviembre. Lantier llevaba con galantería ramos de violetas, que distribuía entre Gervasia y las dos oficialas. Poco á poco multiplicó sus visitas, presentándose casi diariamente. Parecía que quería conquistar la casa, el barrio entero; y comenzó por captarse las voluntades de Clemencia y de la señora Putois, á las que, sin distinción de edad, prodigaba las más corteses atenciones. Al mes las dos oficialas le adoraban. Los Roche, cuyo orgullo lisonjeaba yéndoles á saludar en su portería, se deshacían en elogios sobre su finura. En cuanto á los Lorilleux, cuando supieron quién era aquel señor que llegó á los postres, la noche del festín, principiaron vomitando contra Gervasia sapos y culebras, pues se atrevía á introducir de aquel modo á su antiguo amante, en

sú familia. Pero, un día, subió Lantier á sú habitación; y se presentó con tan buenas maneras, encargándoles una cadena para una señora amiga suya, que le obligaron á sentarse, entreteniéndole por espacio de una hora, encantados de sú conversación; no acertando á comprender que un hombre tan distinguido hubiese podido vivir con la Banbán. Por último, las visitas del sombrerero á los Coupeau ya no indignaron á nadie; y parecían la cosa más natural del mundo; á tal extremo había logrado conquistarse la amistad de toda la calle de la Goutte d'Or. Sólo Gouget permanecía hurraño con él.

Si se encontraba en la tienda, cuando el otro llegaba, marchábase al momento, para no verse obligado á trabar conocimiento con tal personaje.

Sin embargo, en medio de aquella hoga de cariño hacia Lantier, Gervasia, durante las primeras semanas, pasó mortales zozobras. Experimentaba en el hueco del estómago aquel calor de que se vió abrasada, el día de las confidencias de Virginia. Su gran temor provenía de que dudaba de sus fuerzas si alguna noche su antiguo amante la sorprendía sola y se le ocurría besarla. Pensaba demasiado en él, se sentía demasiado poseída por sú recuerdo. Empero, lentamente fue tranquilizando, al verle tan comedido, que no la miraba cara á cara, y que ni siquiera la tocaba con la yema de los dedos cuando los demás estaban vueltos de espaldas.

Además, Virginia, que parecía leer en su interior, la avergonzaba de sus ruines pensamientos. ¿Por qué había de temblar? Con dificultad podía encontrarse un hombre más galante. De seguro, nada tenía que temer. Y la morena se las compuso un día de manera que, llevándose á los dos á un extremo de la tienda, sacó la conversación al terreno sentimental. Lantier, con acento grave y escogidas frases, declaró que su corazón estaba muerto y que, en adelante, sólo quería consagrarse á la felicidad de su hijo. Jamás hablaba de Claudio, que continuaba viviendo en el Mediodía. Cada noche besaba á Esteban en la frente, no sabía qué decirle si el muchacho se quedaba allí, y le olvidaba en seguida para dirigir unos cuantos cumplidos á Cle-

mencia. Entonces Gervasia, tranquilizada, sentía morir en ella lo pasado. La presencia de Lantier desgastaba sus recuerdos de Plassans y del hotel Boncoeur. Viéndole sin cesar, ya no soñaba en él. Hasta experimentaba una repugnancia instintiva á la idea de sus antiguas relaciones. ¡Oh! aquello había concluido. Si un día se atreviese Lantier á pedirle aquello, le contestaría con un par de bofetones, é inmediatamente se lo diría á su marido. Y, nuevamente, volvía á pensar, sin remordimiento, con dulcísima complacencia, en el buen cariño de Gouget.

Al llegar, una mañana, á la tienda, refirió Clemencia que la víspera, á eso de las once, había encontrado al señor Lantier dando el brazo á una dama. Y esto lo decía con palabras sucias, preñadas de malignidad, para ver qué geta ponía la patrona. Sí, el señor Lantier subía la calle Notre Dame de Lorette; su pareja era una rubia, uno de esos «camellos» de bulevar medio resquebrajado, con el trasero desnudo debajo del vestido de seda. Y les había seguido por curiosidad. El «camello» entró en una salchichería á comprar langostines y jamón. Después, en la calle Rochechouart, el señor Lantier se había estado un rato de plantón en la acera mirando al aire, esperando á que la chica, que había subido sola, le hiciera desde la ventana la señal de que podía subir á su vez.

Mas, en vano razonaba Clemencia su relato con repugnantes comentarios, pues Gervasia continuaba planchando tranquilamente una bata blanca. Por momentos, la narración hacía asomarse á sus labios una leve sonrisa. Esos provenzales, decía, andan siempre alterados por unas faldas de un montón de basura. Y por la tarde, cuando el sombrerero llegó, divirtiéndose escuchando las pullitas de Clemencia que le daba vaya con su rubia. Por lo demás, parecía que le halagaba el que le hubiesen visto. ¡Pardiez! Era una antigua amiga, á la que visitaba de higos á brevas, y cuando sus visitas no pudiesen estorbar; una muchacha muy «chic», con una habitación amueblada de palo santo. Y citaba á amantes de la niña, un vizconde, un rico mercader de loza, y el hijo de un notario

El se pirraba por las mujeres que huelen bien. Y al decir esto, arrimaba á las narices de Clemencia su pañuelo, que la rubia le perfumara, cuando entró Esteban. Entonces, recobró su aspecto grave, besó al chico, añadiendo que aquella escapatoria no traía consecuencias, y que su corazón estaba muerto. Gervasia, inclinada sobre su tarea, movió la cabeza con ademán de aprobación. Y Clemencia fué todavía la que llevó el castigo de su malignidad, pues tenía notado que Lantier la había pellizcado dos ó tres veces como quien no quiere la cosa, y moríase de envidia por no oler á almizcle como el «camello» de bulevar.

Cuando llegó la primavera, Lantier, ya como de la casa, declaró que pensaba trasladar su habitación al barrio, para vivir más cerca de sus amigos. La señora Roche y hasta la misma Gervasia se desvivieron por buscar lo que deseaba. Registráronse las calles vecinas. Pero él era muy difícil de contentar; quería un gran patio, exigía un cuarto bajo, en una palabra, todas las comodidades imaginables. Y actualmente, cada noche, en casa de los Coupeau, fingía medir la altura de los techos, estudiar la distribución de las piezas y ambicionar un alojamiento semejante. ¡Oh! no hubiera pedido más, y de muy buen grado se habría arreglado un agujero en aquel rincón tranquilo y abrigado. Después, terminaba cada uno de sus exámenes con esta frase:

—¡Caramba! ¡vosotros sí que estáis á pedir de boca!

Una noche, después de comer con ellos y de soltar su sempiterna frase á los postres, Coupeau, que se había puesto á tutearle, le dijo bruscamente:

—Hombre, si tanto te agrada, puedes quedarte aquí... Veremos de arreglarnos...

Y explicó que el cuarto de la ropa sucia, bien limpiado, se convertiría en una bonita habitación. Esteban dormiría en la tienda, sobre un colchón tendido en el suelo, y pare usted de contar.

—No, no—dijo Lantier,—no puedo aceptarlo. Os molestaria demasiado. Veo que la oferta es de todo corazón; pero tendríamos demasiado calor, unos sobre otros... Además, ya comprendéis, cada cual quiere ser

dueño de sus acciones. Veríame precisado á pasar por vuestra alcoba, y eso no siempre tendría gracia.

—¡Vaya! ¡qué animal!—repuso el plomero soltando el trapo á la risa, y dando palmadas en la mesa para aclararse la voz:—¡siempre piensa en tonterías!... Pero, oye tú, gran bruto, ¿de qué sirve la inventiva? ¿No hay dos ventanas en el cuarto? ¡Pues bien! se abre una hasta el suelo, y ya tenemos una puerta. Y así, como comprendes, te entras por el patio, y nosotros, si queremos, podemos tapiar esta puerta de comunicación. Ni nos vemos, ni nos conocemos; tú estás en tu casa, y nosotros en la nuestra.

Hubo un breve silencio. El sombrerero murmuraba:

—¡Ah! sí, de este modo, no digo que no... Pero, de todas maneras, os molestaría...

Y evitaba mirar á Gervasia, esperando evidentemente una palabra suya para aceptar. A esta la contrariaba mucho el plan de su marido, no porque el pensamiento de ver á Lantier viviendo con ellos la ofendiese, ni la inquietase gran cosa, sino porque no sabría dónde colocar la ropa sucia. Entre tanto, el plomero hacía resaltar las ventajas del arreglo. El alquiler de quinientos francos había sido siempre algo pesado. ¡Pues bien! el camarada les pagaría veinte francos al mes, por su cuarto amueblado, lo cual no sería para él caro, y á ellos les ayudaría á pagar sus trimestres. Añadió, luego, que se encargaba de arreglar debajo de su cama, un gran cajón, donde podría meterse toda la ropa sucia del barrio. Entonces Gervasia vaciló y pareció como si consultase con la mirada á mamá Coupeau, á la que Lantier había conquistado hacía meses, llevándole pastillas de goma para su catarro.

—No nos molestaríais, estoy segura—acabó por decir.—Habría medio de arreglarse...

—No, no, gracias—repitió el sombrerero.—Sois demasiado amables. Sería abusar.

Coupeau, esta vez estalló. ¿Por ventura había de continuar llamándose andana toda la noche? ¿No le decían que la oferta era de buen corazón? ¿No comprendía que hasta les hacía favor? Después, con voz furibunda, gritó:

—¡Esteban! ¡Esteban!

El chico, que estaba dormido sobre la mesa, levantó la cabeza sobresaltado:

—Oye, dile á ese caballero... que también quieres tú... díselo bien fuerte; ¡lo quiero!

—¡Lo quiero!—tartamudeó Esteban, con la lengua entorpecida por el sueño.

Todos se echaron á reír. Mas Lantier no tardó en recobrar su aire grave y pensativo, y estrechando la mano de Coupeau por encima de la mesa:

—Acepto—dijo.—En prueba de buena amistad de una y otra parte ¿verdad? Sí; acepto por el niño.

Al siguiente día habiendo ido el propietario señor Marescot á pasar una hora en la portería, le habló Gervasia del asunto. Principió mostrándose inquieto, negándose, enfadándose, como si le hubiese pedido permiso para derribar todo un costado de la casa. Luego, después de una minuciosa inspección de los lugares; cuando hubo mirado al cielo para ver si los pisos superiores podrían hundirse, acabó por dar su permiso, con la condición expresa de que, por su parte, no corría gasto alguno, y los Coupeau hubieron de firmarle un documento por el cual se comprometían á restablecer las cosas tal como estaban, el día que se terminase el contrato de arriendo. Aquella misma noche el plomero llevó unos camaradas, un albañil, un carpintero, un pintor, buenos chicos, que harían aquella chapuza después de las horas de jornal, para complacer á su amigo. La colocación de la nueva puerta y la limpieza de la habitación no dejaron de costar, sin embargo, un centenar de francos, sin contar los tragos que se echaron para refrescar la tarea. El plomero les dijo á sus camaradas que les pagaría más adelante, con el primer dinero que recibiese de su huésped. Después, tratóse de amueblar el cuarto. Gervasia dejó en él el armario de mamá Coupeau, añadió una mesa y dos sillas de su propia alcoba y por último fué preciso comprar un tocador y una cama, con sus colchones y demás, total ciento treinta francos, los que se comprometió á pagar á razón de diez francos por mes. Si durante una decena de meses los veinte francos de Lantier se encontraban engullidos de antemano por las deudas contraídas, más adelante obtendrían una bonita utilidad,

La instalación del sombrerero tuvo lugar á primeros de junio. El día anterior, habíase ofrecido Coupeau á ir á buscar su maleta, para ahorrarle los treinta sueldos de un coche. Pero el otro se halló perplejo, y dijo que su maleta pesaba demasiado, como si hubiese querido ocultar, hasta el último momento, el sitio donde vivía. A eso de las tres, llegó. Coupeau no estaba en casa. Y Gervasia, á la puerta de la tienda, púsose sumamente pálida, al reconocer la maleta que venía sobre el coche. Era su antigua maleta, la maleta con que hicieron el viaje desde Plassans, actualmente des-pellejada, rota y sujeta con cuerdas. Veíale volver, del mismo modo que lo había soñado á menudo, y hasta podía figurarse que el mismo coche, aquel coche en que la zorróna de la bruñidora se había burlado de ella, era el que á la sazón le traía. Entre tanto, Boche ayudaba á Lantier. La planchadora les siguió, muda, algo atontada. Cuando hubieron dejado el bulto en mitad del cuarto, exclamó, por decir algo:

—¡Ea! ¡ya está listo ese negocio!

Después, repuesta ya, y viendo que Lantier, ocupado en desatar las cuerdas, ni siguiera la miraba, añadió:

—Vaya un traguito, señor Boche.

Y salió á buscar una botella y copas. Precisamente en aquel momento, Poisson, de uniforme, pasaba por la acera. Hízole la planchadora una seña, guiñando un ojo y sonriendo. El municipal comprendió al momento. Cuando estaba de servicio y le miraban parpadeando, significaba que le ofrecían un vaso de vino. Hasta á veces paseábase horas enteras por delante de la tienda, esperando el consabido guiñito. Entonces, para no ser visto, pasaba por el patio y se echaba el trago al colete, recelándose.

—¡Ja! ¡ja!—exclamó Lantier al verle entrar.—¡Vos por acá, Badingue!

Llamábale Badingue (1) en broma, para mofarse del emperador. Poisson lo toleraba, con su aspecto rígido,

(1) *Badingue*: Apodo que daban á Luis Napoleón. Parece ser que tal era el apellido del albañil en cuyo traje se evadiera el príncipe, de la fortaleza de Ham. «Con este disfraz, dice Audebrand, atravesó tres patios, varias filas de soldados, grupos de carceleros y de albañiles. En el momento de

sin que pudiese saberse si el mote le cargaba en el fondo. Además, los dos, aun cuando separados por sus convicciones políticas, eran muy amigos.

—Ya sabéis que el emperador fué municipal en Londres—dijo á su vez Boche.—Si ¡palabra! y recogía de la calle las mujeres borrachas.

Entre tanto había llenado Gervasia tres vasos de vino. No quería beber porque sentía demasiado turbado su corazón. Mas permanecía quieta, contemplando cómo Lantier sacaba las últimas cuerdas, presa del deseo de ver lo que encerraba la maleta. Recordaba un rincón de la misma, que contenía un montón de calcetines, dos camisas sucias y un sombrero viejo. ¿Estarían allí todavía estas prendas? ¿iba á ver de nuevo aquellos guiñapos de su pasado? Lantier, antes de levantar la tapa, tomó su vaso y brindó:

—A vuestra salud.

—A la vuestra—contestaron Boche y Poisson.

La planchadora volvió á llenar los vasos. Los tres hombres enjugábanse los labios con la mano. Por último, abrió el sombrerero la maleta. Estaba llena de una mezcolanza de periódicos, de libros, de vestidos viejos y de ropa blanca empaquetada. Sacó de allí sucesivamente una cacerola, un par de botas, un busto de Ledru-Rollin, con la nariz rota, una camisa bordada y un pantalón de trabajo. Y Gervasia, inclinada, aspiraba un olor de tabaco, un olor de hombre sucio, que sólo se cuida del traje exterior. No, ya no estaba en aquel rincón el sombrero viejo. En su lugar veíase un lío, nuevo para ella, tal vez un regalo de mujer. Entonces, calmóse, y experimentó una vaga tristeza siguiendo con la vista los objetos que salían y preguntábase si serían de su tiempo ó del tiempo de las otras.

—Veamos, Badingue, ¿no conocéis esto?—repuso Lantier.

Y le presentó un pequeño volumen, impreso en Bruselas. «Los amores secretos de Napoleón III», adornado

salir, había excitado la curiosidad, bastante inquieta de dos de estos últimos, que se admiraban de no reconocerle, cuando uno de ellos dijo al otro. No, no es Berton, sino Badingue.—Y de ahí vino ese apelativo, desde entonces popular.» (N. del T., tomada de Rigaud).

con láminas. Referáse en él, entre otras anécdotas, cómo el emperador había seducido á una muchacha de trece años, hija de un cocinero; y la lámina representaba á Napoleón III, sin pantalones, ostentando en su pecho el gran cordón de la Legión de Honor, persiguiendo á una moza que procuraba escapar á su lujuria.

—¡Magnífico! ¡soberbio!—exclamó Boche, cuyos instintos cazurramente voluptuosos se sentían halagados. —¡Así sucede siempre!

Poisson estaba helado de sorpresa, consternado, sin acertar á encontrar una palabra para defender al emperador. Aquello lo decía un libro; imposible negarlo, pues. Entonces, como quiera que Lantier le arrimaba más y más á las narices la lámina aquella, con ademán socarrón, dejó escapar esta exclamación, poniendo el brazo en jarras:

—Bien ¿y qué? ¿por ventura eso no es natural?

Cerró Lantier la boca ante esta respuesta. Colocó sus libros y sus periódicos en un estante del armario, y como manifestase disgusto por no tener una pequeña estantería de libros encima de la mesa, prometióle Gervasia que se la procuraría. Poseía la «Historia de diez años», de Luis Blanc, exceptuando el tomo primero que, á decir verdad, nunca había tenido; los «Girondinos», de Lamartine, por entregas de á dos sueldos; los «Misterios de París», de Eugenio Sué, sin contar un montón de libretes filosóficos y sociales recogidos en las prenderías. Mas lo que acariciaba especialmente con tierna y respetuosa mirada, eran sus periódicos; colección que venía formando desde hacía años. Cada vez que en el café leía un artículo de efecto y conforme con sus ideas, compraba un número del periódico y lo guardaba. Así, pues, había llegado á poseer un enorme paquete de periódicos, de varias fechas y títulos, amontonados sin orden alguno. Cuando hubo sacado del fondo de la maleta aquel paquete, dióle unas cuantas palmaditas amistosas, diciendo á los otros dos individuos:

—¿Veis esto? pues bien, es de superior calidad; nadie puede jactarse de poseer una colección tan selecta... Lo que hay ahí dentro, no podéis imagináros-

lo. En resumen, si se pusiese en práctica la mitad de estas ideas, quedaría de un golpe purgada la sociedad. Sí, nuestro emperador y todos sus espías se irían al...

Mas interrumpió el municipal, cuyos bigotes y perilla rojos temblaban en su pálido rostro:

—¿Y el ejército? ¿qué haríais del ejército?

Entonces Lantier exaltóse. Y gritaba, dando fuertes puñetazos sobre los periódicos:

—Quiero la supresión del militarismo, la fraternidad de los pueblos... quiero la abolición de los privilegios, de los títulos y de los monopolios... quiero la igualdad de los salarios, el reparto de los beneficios, la glorificación del proletariado... todas las libertades ¿lo entendéis? ¡todas, todas!... Y el divorcio...

—¡Sí, sí! ¡el divorcio por respeto á la moral!—apoyó Boche.

Poisson, que había adoptado un aire majestuoso, respondió:

—Por consiguiente, si yo no quiero esas libertades vuestras, tendré el derecho de pasarme sin ellas.

—¡Si no queréis! ¡si no queréis!...—tartamudeaba Lantier, á quien la pasión sofocaba.—¡No tal, no tenéis ese derecho!... Si no queréis, os mandaré á Cayena, sí, á Cayena, con vuestro emperador y todos los marranos de su pandilla.

Así se querellaban en cada una de sus entrevistas, y Gervasia, que no gustaba de contiendas, intervenía ordinariamente á poner paz. El sesgo que tomaba la actual la sacó del amodorramiento en que la tenía sumida la vista de aquella maleta impregnada del perfume corrompido de su antiguo amor, y mostró los vasos á los tres hombres.

—Es verdad—dijo Lantier, súbitamente calmado y tomando su vaso.—A la vuestra.

—A la vuestra—contestaron Boche y Poisson, chocando sus vasos con el suyo.

Entre tanto Boche mecía el cuerpo de un lado á otro, torturado por cierta inquietud y mirando al municipal con el rabo del ojo:

—Esto, para entre nosotros, ¿verdad, señor Poisson? —murmuró al fin.—Os enseñan y os dicen unas cosas...

Mas Poisson, sin dejar que acabara, púsose la manó en el pecho como para indicar que todo lo dicho quedaba allí sepultado. No era él hombre capaz de delatar á sus amigos. En esto llegó Coupeau. Apuraron una segunda botella, y el municipal se largó luego por el patio, recobrando al llegar á la acera su andar tieso y sereno, á pasos contados.

Al principio, todo anduvo trastornado en casa de la planchadora. Verdad es que Lantier tenía su cuarto separado, su puerta de entrada, su llave; pero como á última hora habían decidido no condenar la puerta de comunicación, aconteciale, lo más á menudo, pasar por la tienda. La ropa sucia molestaba mucho también á Gervasia, por cuanto su marido no se ocupaba del gran cajón de que hablara, y de consiguiente veíase obligada á meter la ropa en cualquier sitio, en los rincones y principalmente debajo de su cama, lo cual carecía de atractivo durante las noches de verano.

Finalmente, cargábala sobremano tener que hacer cada noche la cama de Esteban en medio de la tienda; cuando las oficiales velaban, el muchacho tenía que dormirse en una silla, esperando á que concluyera la tarea. Así, pues, habiéndole hablado Gouget de mandar á Esteban á Lille, donde su antiguo patrón, fabricante de máquinas, necesitaba aprendices, sedújola este plan tanto más cuanto que el chico, poco contento en la casa y deseando ser dueño de sus acciones, le suplicaba que accediese. Unicamente temía Gervasia una negativa rotunda por parte de Lantier, quien había venido á vivir á su casa solamente con el objeto de estar cerca de su hijo y no quería separarse de él á los quince días después de su instalación. No obstante, cuando le habló del asunto temblando, Lantier aprobó el proyecto diciendo que los jóvenes obreros necesitan viajar algún tiempo para instruirse. Y la mañana en que se despidió Esteban espetóle un discurso sobre sus derechos y después le abrazó, diciendo con énfasis:

—Acuérdate de que el productor no es un esclavo, y de que todo el que no es productor es un zángano.

Entonces todo volvió á encauzarse, calmándose y adormeciéndose en nuevos hábitos. Gervasia habíase

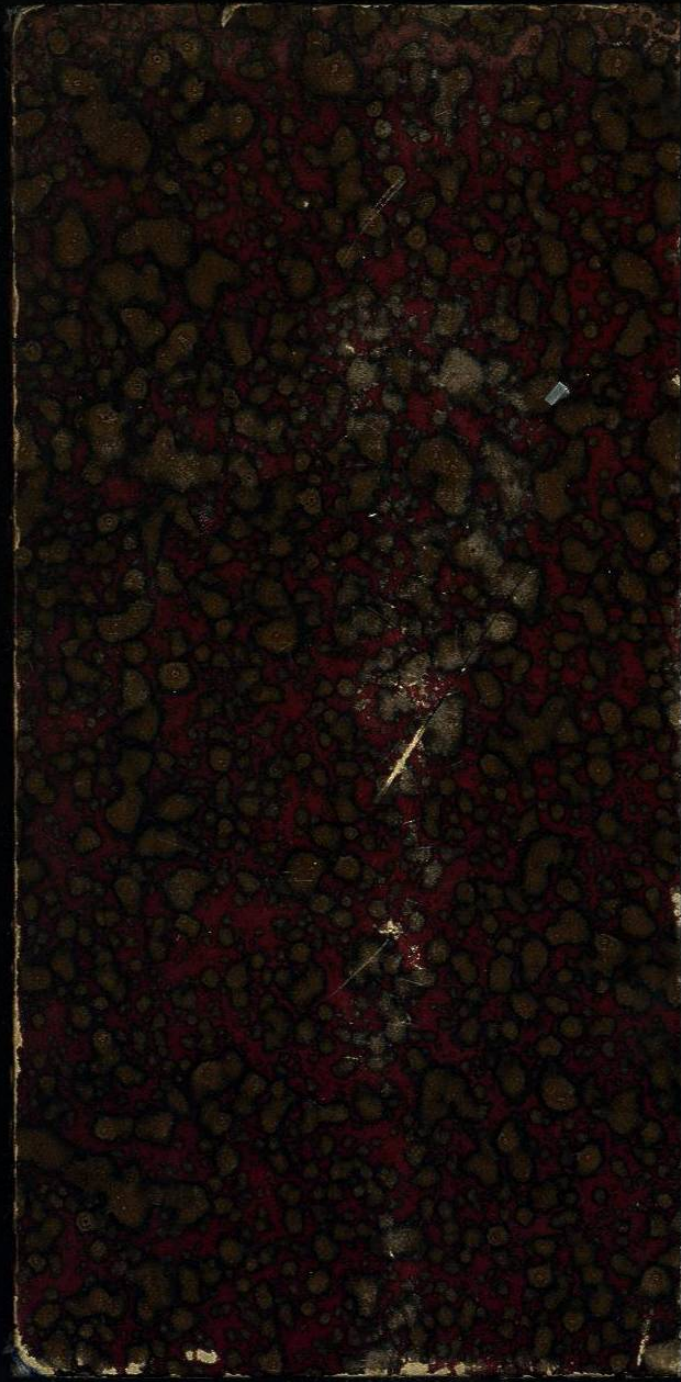
acostumbrado al desorden de la ropā sucia, á las entradas y salidas de Lantier. Este hablaba continuamente de sus grandes negocios; á veces salía muy compuesto, muy peinado, con camisa limpia, desaparecía, dormía fuera de casa y regresaba fingiendo estar molido y con la cabeza atontada como si hubiese estado discutiendo, por espacio de veinticuatro horas, gravísimos intereses. La verdad era que se daba una vida regalona. ¡Oh! ¡no había peligro de que le salieran callos en las manos! Generalmente se levantaba á las diez, daba un paseo al medio día, si el calor del sol le agradaba, ó bien, los días de lluvia permanecía en la tienda, leyendo su periódico. Aquel era su centro, allí rebosaba de contento entre las faldas, arrimábase cuanto podía á las mujeres, adorando sus palabras verdes, incitándolas á pronunciarlas, á la vez que él por su parte se esmeraba en usar un lenguaje fino; y esto explicaba la razón de que le agradase tanto rozarse con las planchadoras, que generalmente nada tienen de gazmoñas. Cuando Clemencia le refería alguna de las suyas, escuchábala tierno y sonriente, atusando su fino bigote. El olor del taller, aquellas mujeres sudando y moviendo las planchas con sus brazos desnudos, todo aquel rincón semejante á una alcoba donde se arrastraban las ropas íntimas de las mujeres del barrio, parecía ser para él el agujero soñado, un refugio, largo tiempo buscado, de pereza y de goce.

Al principio comía Lantier en casa de Francisco, esquina de la calle des Poissonnieres, pero de los siete días de la semana comía con los Coupeau tres ó cuatro veces, de manera que acabó por proponerles que comería definitivamente con ellos, dándoles por tal concepto quince francos cada sábado. Desde entonces, ya no salió de la casa, instalándose en ella por completo. Veíasele de la mañana á la noche pasar de la tienda á la habitación interior, en mangas de camisa, hablando alto, dando órdenes; hasta contestaba á las parroquianas; en una palabra, dirigía la tienda.

No encontrando de su gusto el vino de Francisco, persuadió á Gervasia á fin de que en lo sucesivo lo comprase en casa de Vigoroux, el carbonero de al lado, á cuya mujer iba á pellizcar en compañía de Boche,



al hacer los pedidos. Después encontró mal cocido el pan de Coudeloup y envió á Agustina á comprarlo á la panadería vienesa del faubourg Poissonniere, á casa de Meyer. Substituyó también á Lehongre, el droguero, y sólo conservó al carnicero de la calle Polonceau, el grueso Carlos, á causa de sus opiniones políticas. Al cabo de un mes, quiso que todo se guisara con aceite, por lo cual Clemencia decía, bromeando, que de todas maneras había de salirle la mancha de aceite al maldecido provenzal. Hacía él mismo las tortillas, fritas por los dos lados, más tostadas que buñuelos y tan duras, que podían confundirse con galletas. Vigilaba á mamá Coupeau, exigía los beefsteacks muy cocidos, como suela de zapato, añadiendo ajos á todos los guisos, enfadándose si se picaban hierbas en la ensalada las cuales decía que eran malas y á veces podía escurrirse entre ellas alguna venenosa. Pero su gran regalo consistía en cierta sopa de fideos, cocida en agua, muy espesa, en la cual echaba media botella de aceite. Sólo él y Gervasia la comían, puesto que los otros, los parisienses, un día que se atrevieron á probarla, por poco echan las tripas.



PC  
A5  
v.